

Una vez más la región: Retos al desarrollo local y regional

Ester Limonad¹

¹Departamento de Geografía,
Universidad Federal Fluminense
Río de Janeiro, Brasil.

E-mail:
ester_limonad@yahoo.com

Fecha de recepción: 29.06.2016
Fecha de aceptación: 09.12.2016

RESUMEN

Se parte de la hipótesis que los lugares no pueden ser pensados aisladamente y se intenta demostrar que la cuestión local no puede ser comprendida como algo restringido estrictamente a lo local. Este enfoque se contrapone a décadas de práctica de planificación urbana y local, que observaba sus objetos como si estuvieran aislados de una realidad más general. Para contribuir a un abordaje crítico a la cuestión local, serán señalados algunos puntos, considerados pertinentes para la práctica del planeamiento y desarrollo local y regional. Inicialmente se abordarán con una mirada crítica algunas soluciones "innovadoras", en la tentativa de aclarar su significado y límites. A continuación, se señalarán algunas consecuencias socioespaciales de las recientes transformaciones tecnológicas y productivas. Por ende se subrayará la necesidad de volver a utilizar la región, como categoría analítica, para pensar acerca de los elementos que deberían ser considerados en la práctica del planeamiento para impulsar el desarrollo local.

Palabras clave: Desarrollo local; región; planeamiento.

Once again, the region: challenges for local and regional development

ABSTRACT

Since the hypothesis that places cannot be thought separately from a larger framework, this essay attempts to demonstrate that in no way local problems can be seen and understood as strictly local. This approach goes against decades of local and urban planning, which used to see its objects as if they were isolated from a larger reality. Hence, in order to give a critical contribution towards the understanding of local and regional integrated development some remarks will be made, aiming local level development practices. Initially, from a critical point of view, some of the so-called "innovative" solutions will be considered to clarify their meaning and limitations. Afterwards, recent socio-spatial unfoldings of technological and productive transformations will be approached. Therefore, the need to rescue the concept of "region" as a theoretical and analytical category will be emphasized in order to improve and promote regional and local development.

Keywords: Local development; region; planning.

INTRODUCCIÓN

Las posibilidades que actualmente se presentan para la resolución de los problemas de desarrollo local son múltiples y complejas. Este no es un asunto simple, posible de ser resuelto mediante algunas acciones concertadas localmente, o solo a través de la fuerza propiamente local, como sería del agrado de los políticos y de los más pragmáticos. Asumir esa posibilidad de forma universal, verla como aplicable a todas las ciudades y lugares, significaría admitir que todos los lugares dispondrían de los ingredientes necesarios para garantizar un desarrollo autóctono. Esto implicaría, también, aceptar que estos ingredientes estarían distribuidos de manera homogénea en el espacio. Así, el camino al éxito estaría condicionado solo por la voluntad política de los gobernantes a nivel local. Eso implicaría aceptar el espacio isotópico y sin historia de los economistas o el espacio-continente amorfo de los arquitectos.

Volvamos a lo básico. Como se sabe, los recursos naturales se encuentran desigualmente distribuidos en el territorio y constituyen la base material para la producción concreta de condiciones generales de producción de las diferentes sociedades, que de ellos se apropian para garantizar su reproducción. A lo largo del tiempo, el encuentro espacial de diferentes lógicas sociales confiere significado y sentido a determinados sitios geográficos, que se convierten, así, en lugares. Una determinada latitud y longitud expresan una coordenada geográfica, que está destituida de significado social en sí (Harvey, 1996, p. 127), aunque ambas, la latitud y la longitud, también sean una construcción social. Sin embargo, si esta coordenada geográfica posee una designación específica –Lisboa, Barcelona o Río de Janeiro–, recibe con eso otra dimensión y significado. Por lo tanto, los lugares son construcciones sociales y cada lugar es fruto de una sociedad, de una historia y posee recursos naturales propios y específicos. La especificidad de cada lugar está relacionada a sus características naturales y a su producción social. Cada lugar, como parcela de un espacio socialmente construido, constituye la condensación de distintos procesos y prácticas sociales, que al mismo tiempo le confieren un carácter específico y entrelazan la historia y el desarrollo geográficamente desigual y combinado de los lugares. Por lo tanto, como síntesis de significados sociales, cada lugar es, en sí, singular. Dialécticamente, aunque cada lugar sea singular, es un producto social; de este modo, los lugares no existen por sí mismos, sino como desdoblamiento de otras estructuras sociales.

Partimos, así, de la hipótesis de que los lugares no pueden ser pensados por sí mismos. Lo que implica no comprender la cuestión social como una cuestión de interés y alcance estrictamente local. Tal postura se contrapone a décadas de prácticas de planeamiento urbano y local, que tendía a ver sus objetos como algo aislado y localizado. No se trata de adoptar la teoría del caos, según la cual una mariposa agita las alas en París y tenemos un terremoto en Los Ángeles. Tampoco se trata de admitir una correlación mecánica causa-efecto, sino de percibir que los hechos sociales están interconectados en diferentes escalas. En un análisis reciente de las perspectivas futuras de las ciudades italianas, Bernardo Secchi (2004, p. 157) alerta que “la política de la ciudad no puede hoy ser considerada solo como una cuestión de interés local”. De hecho, hoy las múltiples redes de interrelaciones en diferentes planos y niveles propician reacciones en varias escalas de hechos y eventos ocurridos en escala local.

Con la meta de contribuir a una perspectiva crítica de reflexión de la cuestión local, haremos en este ensayo algunas ponderaciones que juzgamos pertinentes para ser consideradas en una práctica de planeamiento y desarrollo. Para alcanzar nuestro objetivo, inicialmente, (i) abordaremos con una mirada crítica alguna de las llamadas soluciones “innovadoras”, que consideramos más relevantes, para aclarar su significado y limitaciones. A continuación (ii) señalamos algunos desdoblamientos socioespaciales de las transformaciones tecnológicas y productivas recientes. En este sentido, destacaremos la necesidad de retomar la región como categoría de análisis y reflexión, para, por fin (iii) reflexionar sobre algunos elementos y desdoblamientos a ser considerados en la práctica de planeamiento en la perspectiva de promover el desarrollo local.

Las soluciones innovadoras: la panacea contemporánea

No hay cómo tratar sobre las últimas soluciones innovadoras sin hacer referencia al planeamiento estratégico, que se diseminó como una plaga de computador. Actualmente, una amplia gama de ciudades en todo el mundo posee planos estratégicos para garantizar su desarrollo futuro. Desde ciudades centrales a núcleos periféricos, todas, sin excepción, poseen diagnósticos elaborados por especialistas, especialmente contratados para ello, que señalan los caminos posibles para el desarrollo urbano local. Desde Los Ángeles, Shanghái, São Paulo, hasta ciudades como Nova Iguaçu y São Gonçalo, situadas en la periferia metropolitana de Río de Janeiro, todas, sin excepción, poseen planes con un mismo objetivo: hacerlas globales.

La cosificación y fetichización de las ciudades, como sujetos de la acción social, defendida por el planeamiento estratégico, conduce a una percepción limitada de los problemas urbanos. De esa forma, estos problemas tienden a ser percibidos como específicos y localizados y no como estructurales y resultantes de procesos socioespaciales más generales. Esta percepción limitada propicia un ambiente favorable a la toma de decisiones pragmáticas por parte de técnicos, urbanistas y planeadores. Así, en nombre de un bien y futuro común, gobiernos municipales elaboran planes de desarrollo y renovación urbana en la perspectiva de articular sus ciudades a los flujos globales.

No se hará aquí una explicación exhaustiva sobre el planeamiento estratégico (ver al respecto los trabajos de Otília Arantes 1998 y 2002), aunque no se pueda dejar de resaltar su carácter ambiguo. El propio plan estratégico presentado por sus defensores, como una solución innovadora y una panacea para la resolución de problemas que afligen a las ciudades contemporáneas, constituye un acto parcial, una táctica, resultante de un “complejo proceso de interacciones, cuyo objetivo central más o menos explícito es la creación de un consenso sobre cuestiones estratégicas dadas” (Pichierri, 2002, p. 695).

La práctica del planeamiento estratégico se diseminó mundialmente en las últimas dos décadas del siglo XX a partir de las experiencias de Barcelona y Turín. Es interesante resaltar que, en varias partes del mundo, las diversas tentativas de replicar estas experiencias relativamente exitosas, muchas veces, desconsideraron lo que las antecede y sucede y menosprecian las condicionantes espacio-temporales de las experiencias que les sirven de inspiración. Olvidan, así, que la proyección internacional de Barcelona no constituye una novedad y tampoco es un hecho reciente (Limonad, 2005). Desde mediados del siglo XIX esta ciudad, considerada la Manchester de Cataluña, abrigó varios eventos internacionales importantes, que propiciaron intervenciones urbanísticas de gran porte (Capel, 2002, 2005 y 2007).

La diseminación del planeamiento estratégico estaría relacionada a un amplio espectro de transformaciones en el último cuarto del siglo XX. La segunda división industrial (second industrial divide) delineada por Michael J. Piore e Charles F. Sabel (1984), la diseminación de las tecnologías de información y comunicación y la restauración productiva, contribuyeron a engendrar una nueva organización del espacio social y una concomitante construcción de nuevas alianzas regionales, en distintas escalas. Se configuró, de esta manera, un nuevo cuadro socioespacial, en que antiguos protagonistas del desarrollo económico y regional pasaron a ocupar un segundo plano. Por consiguiente, con la intención de recuperar la antigua primacía, especialistas en planeamiento, consultores y gobernantes, en diversas escalas de poder, buscaron y tomaron iniciativas “en el intento de movilizar a los principales actores alrededor de una visión compartida del futuro” (Pichierri, 2002, p. 695).

En el caso del planeamiento estratégico no se trata, sin embargo, solo de administrar las relaciones entre los principales actores, o sea, entre los distintos grupos de intereses hegemónicos en juego. La intención de estos planes estratégicos es introducir nuevos actores y elementos estratégicos en el escenario local que transmitan una visión de futuro y progreso, como los world trade center, los telepuertos, y los edificios inteligentes. Íconos de la globalización, un must para aquellas ciudades que desean globalizarse y articularse a los flujos mundiales. Marcas registradas que se convirtieron en excelentes negocios para las organizaciones que detentan sus patentes, que reciben los respectivos royalties y tasas administrativas. Actualmente, son más de 329 world trade centers distribuidos por todo el mundo, de Abu Dabi a São Paulo, de Moscú a Shanghái y Pekín entre otros. Muchos de los cuales constan con las instalaciones semicupadas, en una evaluación optimista. Además, hay los que pagan las franquicias, pagan las anualidades, y ni siquiera fueron construidos, como el World Trade Center de Río de Janeiro, que funciona en las instalaciones del World Trade Center de São Paulo.

Otra perspectiva más reciente, y en boga, es el desarrollo local sostenible. El término sostenible, al adjetivar el desarrollo local, contribuye a su legitimación. Veamos cómo. Para comenzar, la propia idea de sostenibilidad del desarrollo no posee nada de nuevo, puede ser encontrada en obras de clásicos de la economía, como David Ricardo y Karl Marx, y posteriormente en Joseph Schumpeter y en los trabajos de los seguidores de John Maynard Keynes (Pedrão, 2002, p. 28).

El rótulo de sostenibilidad, a su vez, contribuye a limitar las posibilidades de acción social, al hacer parecer que hay solo una forma adecuada de apropiación material de los recursos naturales y del territorio: ¡la sostenible! Permanece en el aire la pregunta: ¿para sostener qué?, ¿a quién?, ¿con qué fines?, ¿cómo? Preguntas aparentemente simples, pero no tan fáciles de responder. La idea en sí es seductora, cautivante. ¿Cómo alguien puede no estar a favor de la sostenibilidad? Sin embargo, en una sociedad de clases, pautada en la propiedad privada y en la desigualdad de acceso a bienes, servicios y medios de producción, debemos tener claro que la propia idea de sostenibilidad se forja sobre agendas políticas e intereses específicos diferenciados, y muchas veces hegemónicos, en que el término sostenibilidad puede poseer distintos significados para diferentes personas. De esta manera, ese término puede significar desde un uso que se prolonga en el transcurso del tiempo, sin agotar los recursos no renovables, hasta un desarrollo endógeno, que se sostiene por sí, sin interferencias exógenas, en enclaves económicos y sociales.

No hay quien sea favorable a la implementación de prácticas insostenibles, como señala David Harvey (1996, p. 148), y es bueno resaltar que ni nosotros lo somos, aunque el término funcione como

un sello, un rótulo positivo que contribuye a proporcionar legitimidad a prácticas y acciones sociales, así como para articular diferentes discursos alrededor de una estrategia común, de un consenso social, en particular alrededor de estrategias dirigidas al desarrollo urbano con la preocupación ambiental y sostenible.

No hay cómo dejar de mencionar las propuestas que ven en el poder local la respuesta para los problemas urbanos. Para estas propuestas la solución reposaría en la fuerza y potencialidad del lugar, en los actores locales y en sus especificidades. Y ahí, podemos remitirnos a las cuestiones relacionadas a la identidad local, a la memoria colectiva y hasta a los movimientos sociales, que buscan articular la sociedad de “abajo para arriba”, que desde la década de los setenta conquistaron una cierta preeminencia en el ámbito de las luchas sociales alrededor de la reproducción de lo cotidiano y de la familia.

Predomina en la producción intelectual direccionada al desarrollo local, una exaltación de los valores locales, del papel de la comunidad, del civismo, de la ciudadanía, de la comunión de propósitos dirigidos al desarrollo local, como si no hubiera diferentes clases sociales, distintos capitales, intereses diversos, en fin, como si por un pase de magia dejase de haber conflicto social y competencia económica. Como bien señala Carlos Antônio Brandão (2005, p. 13) “las listas interminables de ventajas relativas locales contraponen: un mundo clean poco conflictivo, diversificado, de individuos talentosos, conviviendo próximamente, etc.; y un mundo dark, poco solidario, masificado, rígido, politizado, de clases sociales antagónicas, etc.”.

En la perspectiva de reforzar lo local, asociada al lema de “pensar localmente y actuar globalmente”, surge la idea de glocalización que vincula cambios en la división espacial del trabajo, relacionados al desarrollo local, con las necesidades impuestas por la globalización y con las posibilidades que esta descortina. Un complemento a esto sería la promoción de clusters industriales “idea desarrollada en los Estados Unidos, como vehículo escogido para inducir el renacimiento de las economías regionales” (Cox, 2004, p. 180). Tendemos a concordar con Kevin Cox cuando señala que “un mérito de esta concepción es que es consistente con la agenda neoliberal y con el propósito de estas políticas, la reimposición de la ley del valor” (p. 180).

Se monta, así, una arena de conflictos, en varias instancias, en que diversos actores digladian y buscan un “espacio bajo el sol”, literalmente en el caso de los desposeídos (los sin tierra, los sin techo), que se multiplican y diversifican con la ampliación de las desigualdades socioespaciales y de la exclusión social; un problema que espanta a los países de capitalismo tardío y en desarrollo hace más de medio siglo. Surgen, entonces, innumerables propuestas y posibilidades de pensar pragmáticamente soluciones, muchas veces con base en las nuevas tecnologías de información y comunicación. De hecho, es posible amenizar algunos problemas y condicionantes mediante una efectiva acción social y política, aunque la solución no se descortine al “final del túnel”. Porque, la base para las desigualdades socioespaciales permanece y lo que se encuentra, muchas veces, son soluciones coyunturales para problemas estructurales. O, como decía Carlos Nelson Ferreira dos Santos en sus clases, cuando cuestionado sobre la exploración de los pobres por los pobres, con relación a la práctica de alquileres exorbitantes en las favelas cariocas, “no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases, capitalista, pautada en la propiedad privada, por lo tanto no podemos esperar que inclusive los pobres no actúen en consecuencia”. Sin embargo, no hay cómo olvidar que se vive en una sociedad de desiguales, regida por leyes para iguales.

Ninguna de las perspectivas señaladas se presenta siquiera como paliativa, aunque todas, cada una por sí misma, puedan servir de base a la promoción de políticas, de políticos, y hasta de ciertos grupos de intereses, en nombre de un bien o futuro común.

La última novedad son los pactos territoriales, que en Brasil recibieron el nombre de arreglos productivos locales (APLs). Idea inspirada en la experiencia de la Emilia Romagna y del Baden-Wurtemberg, que a despecho de su repercusión mundial ha encontrado dificultades para diseminarse, en virtud de las especificidades territoriales que posibilitaron el éxito de aquellas experiencias. En el caso de la experiencia italiana, Paolo Gurisatti (1999, p. 83) designa las especificidades que dificultarían la difusión y reproducción de aquella experiencia de ADN territorial, una vez que estas presuponen la combinación de factores locales y regionales arraigados. Aquella fue una experiencia en que la responsabilidad social de las empresas se combinó y articuló la solidaridad y cooperación de los trabajadores, y se alió a la experiencia tradicional de estos en la producción de productos especializados. Quizá esta haya sido una primera experiencia de pacto territorial, que hoy conquista nuevas versiones como los pactos territoriales de empleo, que pueden abarcar una ciudad, un área rural, un mercado de trabajo localizado (Pichierri, 2002, p. 696); o aun como pactos de empleo y desarrollo regional, tales como los que fueron implementados en Bavaria por el gobierno local, a partir de 1996, como un medio de generar empleo, contener el desempleo y evitar la evasión de firmas alemanas para el este europeo. Entran en cuestión aquí factores que extrapolan lo local, que muestran claramente que este no puede ser pensado localmente, sino que debe ser reflexionado en una escala más amplia, como se mostrará enseguida.

De vuelta a la región

Pensar el desarrollo local en los tiempos actuales puede parecer simple, no obstante, y esta es nuestra hipótesis: no hay cómo hacerlo sin considerar la cuestión regional. Y ¿por qué esto es así? Porque no hay cómo pensar los lugares, los sitios aisladamente, como una colección de cosas desarticuladas entre sí, existentes por sí mismos, porque los lugares son resultantes de acciones y procesos socioespaciales, como señalamos al comienzo, los cuales se desarrollan a lo largo del tiempo y son geográficamente localizados.

Por lo tanto, estos lugares son resultantes de la superposición e interpolación de diversas y diferentes prácticas espaciales y concepciones del espacio que nutren la propia producción del espacio social en cada momento histórico (Lefebvre, 1991). No hay cómo pensar, así, un lugar aisladamente, en el tiempo y en el espacio, una vez que los distintos actores sociales no están enraizados en el territorio como plantas o rocas; al contrario, pueden desplazarse y establecer articulaciones en distintas esferas de poder y escalas geográficas.

Con el advenimiento de la tercera revolución industrial, de la globalización y de las nuevas tecnologías de información y comunicación ingresamos, indudablemente, en una nueva etapa del capitalismo. El corolario de estas transformaciones de las condiciones generales de producción se refleja en todas las esferas de la vida social, teniendo en cuenta que estas transformaciones cargan alteraciones no solo en la esfera de la reproducción del capital, sino también, y principalmente, en la esfera del trabajo, y aun del modo de vida de las diversas clases sociales, con la reorganización,

reestructuración de los espacios de producción, trabajo y vida. El lean management (administración ligera) es acompañado por el downsizing (reducción de la masa de trabajadores) lo que acarrea un empobrecimiento de los trabajadores y un debilitamiento de las relaciones de trabajo reglamentadas.

Si por un lado, hay una globalización de la economía, de la cultura, de patrones de consumo y de vida, acompañados por una globalización de la pobreza; por otro, hay un tejido social heterogéneo y un espacio donde impera la diversidad. La constante disolución y recreación de la sociedad industrial, tal como la mitológica fénix, como señala Karl Marx en el célebre pasaje “todo lo que es sólido se deshace en el aire”, resulta en la constante (re)estructuración y (dis)solución del espacio a cada momento. Por consiguiente, tiende a haber un cambio en procesos espaciales como la urbanización y la industrialización que contribuyen a la (re)estructuración territorial y un nuevo entretejido del espacio social. Resulta de ahí una urbanización deshilachada, como señalaba Lefebvre (1969, p. 16), y se conforman “nuevas” regiones y formas de regionalización con una nueva jerarquización de los centros, polos y áreas en desarrollo.

En el caso de Brasil, en las áreas económicas más dinámicas, no solo las empresas y los ricos migran de las áreas urbanas; los trabajadores también lo hacen, aunque permanecen vinculados a actividades de carácter urbano, como servicios, comercio e inclusive actividades industriales. En consecuencia, el ordenamiento del territorio se desconstruye y reconstruye con un crecimiento acentuado de las ciudades de porte pequeño y medio, como señalan los resultados de los dos últimos censos demográficos (IBGE, 1991, 2000 y 2010), con un crecimiento demográfico de la población rural de carácter urbano.

George Benko y Alain Lipietz (1994) al caracterizar las “regiones ganadoras” llaman la atención hacia la decadencia de las antiguas áreas industriales vis a vis con la emergencia de nuevas áreas productivas, sin tradición en ese sentido. En parte, la importancia actual conferida, por políticos, planeadores y empresarios, al poder local, estaría relacionada con la búsqueda de esta preeminencia perdida.

David Harvey (1985 y 2005) nos proporciona elementos para reflexionar sobre la interacción desarrollo local-regional al teorizar la geopolítica del capitalismo. Se puede decir que en 1985 las tendencias en curso aún eran embrionarias. Entonces, la revolución informacional ni siquiera había comenzado, los microcomputadores poseían como máximo 64 Kb de RAM, la Internet todavía funcionaba con base en BBS en pantallas de fósforo verde –y hoy parece que fue hace tanto tiempo. La reestructuración productiva y la deslocalización industrial no se habían esbozado, a no ser en algunas plantas industriales robotizadas, y recién comenzaron a difundirse globalmente en los últimos diez años del siglo XX, con la diseminación de las nuevas tecnologías de información y comunicación.

En aquel artículo, Harvey (1985, pp. 139-144) señalaba la importancia de la coherencia territorial, idea hasta cierto punto discutible en el ámbito de la geografía, dado su carácter ambiguo, pero que, en el presente contexto, parece una posibilidad de trabajo a falta de otra categoría analítica. La coherencia territorial se construiría, dialécticamente, a lo largo del tiempo, como un desdoblamiento de la tensión necesaria entre la rigidez y la movilidad del capital y la movilidad espacial del trabajo. Esta coherencia sería, así, una resultante espacio-temporal de los conflictos de clase localizados geográficamente en virtud de la relativa inmovilidad del capital y del trabajo, que conducen tanto a conquistas sindicales como a la producción de infraestructuras físicas y sociales, y a una división de los productos y del espacio social entre distintos actores. Entre estos últimos se destacan los trabajadores, organizados en

sindicatos, asociaciones de clase; el capital (de las corporaciones, de las grandes empresas, agrario, financiero e incluso agroindustrial) y el Estado, sea bajo la forma de poder local, o en otras esferas mediante políticas reguladoras del proceso y la organización del trabajo.

En palabras de Harvey, esta coherencia territorial se rompe en caso de que uno de los actores se retire, por ejemplo, como la emigración de trabajadores en busca de mejores empleos, o la evasión del capital en busca, sea de una fuerza de trabajo más barata, sea de localizaciones con mayores subsidios e incentivos fiscales. Las infraestructuras físicas y sociales preexistentes, así, serían abandonadas por otras localizaciones más interesantes. Sin embargo, este autor argumenta que el aprisionamiento espacial de las empresas constituiría un obstáculo para eso, en razón de las inversiones realizadas en capital constante, edificaciones, máquinas y equipamientos. Obstáculo minimizado, hoy, en parte, por las nuevas condiciones de producción.

Con la reestructuración productiva, la globalización y las nuevas formas de organización de la producción y del trabajo, la distribución espacial de las fábricas conquistó una flexibilidad que no poseía antes. Flexibilidad e innovaciones que facultaron una especialización y dispersión espacial de las unidades productivas articuladas globalmente (Harvey, 1989; Offe, 1984). Ahora tenemos, en vez de la producción uniformizada de multinacionales organizadas verticalmente en ramilletes, en distintos países, redes de empresas articuladas local y globalmente situadas en pocos países o en un único país con el objetivo de atender el mercado mundial, como son los casos de Whirlpool – Brastemp, con cuatro unidades productivas en el mundo; de la Volkswagen de buses y camiones, con una sola unidad productiva, en Resende, Brasil; y de otras industrias en diversos sectores productivos (Limonad, 2003).

La Volkswagen S. A. además de haber concentrado la producción de determinados productos en Brasil, como es el caso del modelo Fox, exportado para todo el mundo, realizó también una división especializada y territorial de su producción. Así, se deslocalizó de una coherencia territorial anterior, que ayudó a construir la región metropolitana de São Paulo, cuando instaló en São Bernardo, en 1958, una gran planta de producción de vehículos, que fue el germen de toda una cadena de producción automovilística y del mayor sindicato de obreros metalúrgicos de América Latina. Actualmente, en la antigua fábrica, en São Paulo, solo se fabrican piezas y se mantienen algunas líneas de producción (de los modelos Santana, Gol y Kombi). La fabricación de modelos más nuevos y modernos se encuentra deslocalizada de las áreas industriales tradicionales y dispersa en distintas localidades del sur-sudeste de Brasil, de forma similar a lo que ocurrió con otras grandes montadoras, que emigraron para otros lugares del país. De este modo, la producción de buses y camiones de Volkswagen se realiza en la unidad de Resende (Río de Janeiro), la única en todo el mundo, mientras que en otras unidades en otras zonas de Brasil se fabrican varios productos. Los motores se manufacturan en São Carlos (interior del estado de São Paulo). La línea Gol-Parati se hace con ayuda de robots en Taubaté (interior de São Paulo), en cambio la línea Audi-Fox-Beetle, destinada a abastecer el mercado nacional y mundial, es producida en São José dos Pinhais (Paraná). Prevalece en estas fábricas una nueva división del trabajo, donde el trabajador especializado fue sustituido por el polivalente, que actúa en diferentes frentes y momentos del proceso de producción. Además, más fábricas dejaron de encargarse, como ocurría en el fordismo, de todas las fases y partes del proceso de producción. El trazo característico marcante de estas fábricas de última generación es la tercerización de la producción de procesos y de productos.

La Whirlpool, a su vez, cuenta, en pocos lugares y países seleccionados, con un número reducido de unidades productivas para abastecer los distintos continentes. Es interesante notar que, como en el

caso de Volkswagen, la producción de Whirlpool también se encuentra dispersa espacialmente y sus unidades productivas son especializadas en un número reducido de productos. En América del Norte, la producción está distribuida principalmente entre México y Estados Unidos, con solo una unidad productiva en Quebec (Canadá). Asia y Oceanía son atendidas por las unidades instaladas en India y China. En América Latina, la producción se encuentra concentrada en Brasil y dispersa espacialmente de forma especializada: las heladeras, congeladores y secadoras son producidos en Joinville (Santa Catarina); los microondas y aparatos de refrigeración en Manaus (Amazonas); las lavadoras y lavavajillas en Rio Claro (São Paulo) y los compresores de refrigeración en Riva de Chieri (Italia). La dirección regional de Whirlpool en América Latina –que comprende las marcas Whirlpool, Brastemp, Consul y Eslabón de Lujo– se encuentra en São Paulo. En Santiago de Chile hay un escritorio administrativo y en Buenos Aires (Argentina) una base de operación de logística, márketing y distribución. Lo mismo ocurre en otros continentes, con pocas variantes.

Predomina hoy, por lo tanto, una especialización funcional y una división técnica del trabajo, no dentro de las fábricas, sino entre fábricas de una misma empresa. Esto resulta en una división territorial del trabajo y una especialización espacial y funcional de diferentes sectores de una misma empresa. En consecuencia, la producción de determinados productos pasa a ser realizada en localizaciones únicas específicas y es dirigida a alcanzar amplias fajas del mercado internacional, con la pérdida de los vínculos locales y regionales. Se suma a esto la transnacionalización de las grandes empresas, resultante de fusiones corporativas y de la interpenetración de capitales de diferentes nacionalidades, lo que se convierte en un factor más para comprometer la referida coherencia territorial, una vez que esas empresas dejan de tener algún compromiso con sus países de origen, como son los casos recientes de Mannesmann, Adidas y Nike, Daimler-Benz y Chrysler. Lo que cuenta ahora es mantener la tasa de lucro y no lealtades nacionales o regionales.

Una consecuencia de esos procesos, como ya es notorio, es la desreglamentación del trabajo, el aumento del desempleo estructural, el fin del pacto fordista. Con esto se inicia una nueva etapa en el conflicto de clases y en las disputas locales y regionales por las mejores localizaciones.

Las nuevas industrias, por ser intensivas en capital y tecnologías y por necesitar empleo reducido de mano de obra, pueden localizarse fuera de los grandes centros urbanos, en áreas sin tradición industrial, lo que les proporciona una fuerza de trabajo con un reducido grado de organización sindical. A título de ejemplo, se puede mencionar las transferencias de fábricas textiles de Americana, en el interior del estado de São Paulo, para Fortaleza, en el estado de Ceará, o también la implantación de fábricas de material de transporte (sector de automotores, camiones y congéneres) en diversas partes de Brasil, y no en la tradicional región metalúrgica del ABC¹ paulista. De este modo, ocurren alteraciones en diversas escalas en la organización territorial de las actividades productivas y de la distribución de la población.

Las nuevas implantaciones industriales pasan a ser realizadas, preferentemente, en áreas semirrurales o periféricas, fuera de los centros urbano-industriales tradicionales. Hay, así, un aumento de la concentración de sedes administrativas en las capitales del sudeste brasileiro (São Paulo, Río de Janeiro, Belo Horizonte y Vitoria) acompañado de una dispersión de las unidades industriales, antes localizadas en São Paulo y Río de Janeiro, hacia diversas áreas del territorio nacional, conformando las llamadas “islas de prosperidad” en distintas partes de Brasil (Becker, 2004; Lencioni, 2004). Se observa,

¹ La sigla ABC sirve para designar el área industrial conurbada, al sureste de la ciudad de São Paulo, formada por los municipios de Santo André, São Bernardo, São Caetano, Diadema y Mauá.

en consecuencia, una declinación de las ciudades industriales tradicionales y la desconcentración de los grandes centros urbanos hacia áreas periféricas o semirrurales, acompañadas por un crecimiento demográfico de las ciudades de porte pequeño y medio.

En una escala macro regional, aumentan las tensiones geográficas y se agudiza la competencia interregional e interurbana –con la emergencia de lo que Santos (1996) caracterizó como la “guerra de los lugares”. Las políticas macroeconómicas de cuño keynesiano son sustituidas por el planeamiento estratégico localizado. El Estado interventor pierde espacio para el Estado empresario y promotor. En el caso brasilero, en el transcurso de la última década del siglo XX, el Estado deja de ser el que planea y se vuelve promotor y emprendedor, con la implantación de líneas de inversiones diseñadas para desarrollar determinados ejes y puntos en el territorio nacional, como fueron los programas “Brasil en Acción” y su sucesor “Avanza Brasil” implementados por los dos gobiernos sucesivos del presidente Fernando Henrique Cardoso, entre 1995-1998 y 1999-2002 (Limonad, 2004). Por consiguiente, el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) conquista una nueva preeminencia al pasar a actuar de manera más incisiva en conjunto con la iniciativa privada.

Intervienen en estos procesos, descritos arriba, distintos actores y agentes sociales, organizados y/o congregados a partir de intereses diversos que, de cierta forma, encuentran su expresión espacial en diferentes contextos territoriales. Las prácticas espaciales necesarias para la reproducción y ampliación de estos actores sociales e institucionales tienden a configurar, a lo largo del tiempo, lo que se podría caracterizar como una coherencia territorial, de la forma en que está descrita por Harvey (1985, p. 146). La región sería, entonces, una resultante de esta compleja coherencia territorial, construida históricamente a partir de la dialéctica articulación y enfrentamiento de distintos grupos y procesos sociales que confieren, simultáneamente, características específicas a determinados espacios sociales y expresan los intereses sociales involucrados. Idea que converge con las proposiciones de Bernard Kayser (1980) y de Bertha Becker (1982). Kayser (1980, p. 280) define la región, antes de cualquier cosa, como un hecho político, el “resultado de un equilibrio de fuerzas”, aunque la posibilidad de alcanzar un “equilibrio de fuerzas” al principio sea inestable e inviable en un contexto capitalista, en la medida que la propia idea de equilibrio presupone una posible armonía, lo que se contrapone al fundamento básico del capitalismo: la desigualdad social, económica y geográfica. En cambio para Becker (1982, pp. 24-25), la región se constituye en la expresión espacial de articulaciones sociales. Vendría a ser más adecuado, así, tomando en consideración la existencia de actores hegemónicos y no hegemónicos y la prevalencia de desigualdades sociales estructurales, concebir la región como fruto de alianzas y arreglos sociales contruados coyunturalmente.

Milton Santos (1996), a su vez, llama la atención hacia el hecho de que el grado, intensidad y escala de alcance de tales articulaciones sociales estarían relacionados históricamente, y en una visión clásica de la geografía (Vidal de La Blache), a una relación de poder entre un centro y su espacio circunyacente, a través de interacciones horizontales jerárquicas. En esta perspectiva, la región resultaría de estas interacciones horizontales, que hoy reciben nuevos contornos, gracias a los procesos señalados arriba, que permiten interacciones verticales. El confronto entre interacciones verticales y horizontales rompe con la jerarquía pretérita generada exclusivamente por las interacciones horizontales. Se configuran, de ese modo, nuevas territorialidades y nuevas articulaciones regionales, una vez que las interacciones verticales propician interacciones directas entre centros de primer y segundo orden, según las clasificaciones de John Friedman (1986) y Saskia Sassen (1994), y periferias antes subordinadas a otros centros. Un ejemplo de estas interacciones verticales es la relación directa que se estableció entre la

fábrica de buses y camiones de Volkswagen en Porto Real (Río de Janeiro, Brasil) y la sede mundial de la empresa en Wolfsburg (Alemania), o entre las tribus Carajás en la Amazonia y Londres, sede mundial de la empresa de cosméticos que adquiere la producción indígena sin agrotóxicos y “políticamente correcta” de castaña de Pará. Cabe señalar aquí, aunque de pasaje, la importancia asumida en la contemporaneidad por los rótulos verdes, sostenibles o por los rótulos políticamente correctos para la comercialización de ciertos productos.

La región, de esta forma, aparece más como un resultado que como un punto de partida, o sea, emerge como un producto de este arreglo (o arreglos sociales), entre distintos actores, construido dialécticamente, geohistóricamente, a partir de tensiones sociales espacio-temporalmente localizadas. En ese sentido, Ana Clara Torres Ribeiro (2004) advierte que “las prácticas sociales, al final, dependen de las circunstancias y condiciones (materiales e inmateriales) que enfrentan”. En consecuencia, esas prácticas poseen límites, además de variar muy rápidamente debido a las transformaciones técnicas y a las nuevas constelaciones territoriales de poder entre dominantes y dominados, a través de nuevos conciertos hegemónicos, en que la propia idea de hegemonía lleva en sí la idea de contrahegemonía y de resistencia.

Una conjunción/articulación de fuerzas entre los diferentes actores sociales en disputa en el territorio parece ser el elemento necesario para que se pueda pensar el desarrollo local y regional, porque en caso contrario, este se transforma en una suma de proposiciones políticas y prácticas vacías de significado para el complejo conjunto de actores sociales ahí presentes y articulados en distintas escalas geográficas de poder.

Por lo tanto, se puede decir que una resultante directa de la introducción de las innovaciones y de las tecnologías es la destrucción de coherencias territoriales preexistentes, con el empobrecimiento de la población y aumento del desempleo estructural. De donde, tal vez, el llamado al desarrollo local, una vez que la política del desarrollo local y regional es, ella misma, un aspecto de esta coherencia territorial, que ahora se rompe y/o es reforzada, condicionada por la lucha de clases, por las tensiones sociales y por la estructura institucional del Estado a través de la cual se ejerce el poder.

Perspectivas posibles

La cuestión del desarrollo local-regional gira hoy, por lo tanto, alrededor de la posibilidad de construcción de nuevos pactos, de nuevos acuerdos territoriales. Y esto exige, al contrario de lo que piensan los defensores del planeamiento estratégico, no la construcción de un escenario futuro posible con los principales protagonistas, ni concentrarse solo en lo local. Primero, porque la solución no se encuentra en la construcción de una imagen plausible y seductora, como piensan los primeros; y segundo, porque los actores locales, hegemónicos o no, no están limitados a lo local y a la escala regional, sino que por el contrario se encuentran articulados en múltiples escalas. En este sentido hay que estar atentos a las convergencias y diferencias, y a los matices intermediarios.

Sería un equívoco, entonces, mantener la postura de pensar localmente para actuar globalmente, una vez que, para que haya un desarrollo local, e incluso regional, los diferentes actores locales deben articularse, o estar articulados, en múltiples escalas. No se trata ya de producir localmente para resolver demandas localizadas regionalmente, sino de producir localmente para abastecer el mercado mundial,

aunque incluso esta producción local esté ahora articulada en red en múltiples escalas geográficas. Por consiguiente, para producir localmente y promover el desarrollo local es necesario pensar y articularse más allá de lo local.

Se hace evidente que, para poder pensar en restablecer coherencias territoriales preexistentes, o construir nuevas, son imprescindibles nuevos pactos territoriales. Se encuentran, en este sentido, algunos obstáculos, que cabe considerar en cualquier ángulo de acción que se pretenda:

- La existencia de actores globales transnacionales (global players), sin compromisos identitarios, patrios, sin interés en preservar características locales y que buscan apropiarse de las ventajas locales y regionales ofrecidas para después evadirse hacia otros “mercados”.
- La sobreinstitucionalización del Estado y la sobretasación, que tienden a pesar sobre la implementación de nuevas actividades. Uno de los mayores impedimentos a la inversión extranjera en Brasil, según órganos de consultoría especializados, es la excesiva burocracia y la sobretasación para la abertura de nuevas firmas. Mientras que en Estados Unidos y Australia una nueva firma puede ser abierta en menos de dos horas, en Brasil esto no ocurre en menos de seis meses, además de las multas en que el futuro empresario incurre en virtud de la superposición de exigencias fiscales y competencias del Gobierno.
- La ausencia de compromiso entre los distintos actores sociales. No basta articular los movimientos sociales, los distintos capitales, los global players y el Estado, en sus diversas instancias de poder, si no hay un compromiso general, en que todos los involucrados cedan un paso, sea en términos de reivindicaciones, sea en términos de expectativas de lucro y ganancias en el mercado financiero global de rentas y tasaciones. Lo que implica un empeño colectivo para evitar que se desmonten empresas, en razón de que su lucratividad se encuentre debajo de los índices de rentabilidad del mercado financiero mundial.

Hay que considerar además que:

- Políticas y prácticas específicas para el desarrollo local no pueden dejar de contemplar la escala regional.
- Estas no son construidas pragmáticamente, en un instante, sino que se construyen geohistóricamente en contextos y condiciones específicas junto a su articulación y organización escalar (Cox, 2004, p. 182).
- La acumulación de capital y luchas de clases ocurren en campos geográficos de límites y posibilidades variables (ídem).

Esto impone que las formas del Estado, los imaginarios sociales, el desarrollo geográficamente desigual e identidades e intereses históricamente arraigados, entre otras cosas, deben ser considerados.

Es en este campo de límites y posibilidades en que distintos actores sociales e institucionales, con intereses localizados y agendas específicas en distintas escalas geográficas, buscan organizar y forjar concertaciones y coaliciones alrededor de los llamados “proyectos comunes” con la intención de satisfacer sus propios intereses.

Una posibilidad que se descortina como medio de satisfacer a estos intereses distintos y facultar pactos territoriales, es que el Estado abdique de ciertas tasaciones y promueva políticas sociales de empleo a partir de subsidios fiscales a las empresas que implementen medidas en ese sentido. Cabe, en tal dimensión, preservar un espacio en estos pactos a las organizaciones sindicales y clasistas y no solo a los movimientos hegemónicos.

La experiencia europea, francesa y alemana, es ilustrativa. Para evitar la evasión de industrias y preservar los empleos, los sindicatos y los trabajadores tuvieron que hacer concesiones en términos de la reducción de la jornada laboral e, inclusive, de los salarios. Los indicadores de desempleo formal en Estados Unidos encubren las jornadas de trabajo por tiempo determinado y la inestabilidad del cotidiano de las personas. El sueño acabó. Se fueron los pactos y la regulación del fordismo. En la abertura del documental *The New Age of Labor* (Guidicelli, 1997) sobre el desmantelamiento de la producción fordista y desregulación del trabajo alrededor del mundo, una ejecutiva americana de una firma de empleos declara: “Hoy, una persona, para sobrevivir, tiene que ser polivalente y en su vida deberá tener por lo menos cinco profesiones e innumerables empleos”.

En la búsqueda por nuevos pactos territoriales es necesario tener claro, además, que Estado y capital crean espacios propios que subsumen lo local en diferentes escalas. Así como no se puede relevar el hecho de que, con las prácticas actuales de planeamiento estratégico y gobernanza cooperativa, el desarrollo local y regional muchas veces se reduce a un conjunto de medidas tomadas en común acuerdo entre los inversores privados y agencias estatales, en distintas escalas, en las cuales no se consideran las expectativas y vocaciones locales, en nombre de la articulación del local al desarrollo general y global.

No se trata, por lo tanto, de someter el trabajo a una rendición incondicional al capital en nombre del desarrollo, sino de buscar crear acciones concertadas que articulen los distintos intereses en juego, y donde el Estado también ceda espacio a las reivindicaciones sociales y subsidie tales orquestaciones.

El restablecimiento de la coherencia territorial anterior, aunque en forma inestable y en nuevas bases, estaría condicionado a una articulación dialéctica entre los diversos actores sociales e institucionales con intereses distintos y, a veces, contradictorios. Tal articulación se concretaría mediante acciones y prácticas socioespaciales que se reflejan, no solo sobre los actores involucrados, sino en desdoblamientos en el territorio donde esos procesos tienen lugar. Cabría, de este modo, una acción concertada entre sindicatos clasistas, trabajadores, movimientos sociales y actores sociales hegemónicos, con el reconocimiento de que no se trata de perseguir pura y simplemente una redistribución territorial de generación de renta, sino de actuar a nivel de prácticas sociales, de convicciones arraigadas y de estructuras de cooperación a ser transformadas. Nada de eso es fácil, ni mucho menos simple.

Hay que considerar, aun, el riesgo de institucionalización de esas iniciativas, por parte del Estado en sus diversas instancias², si el desarrollo local está fundado en actores y recursos disponibles de la región. Para que el desarrollo local ocurra sin amarras institucionales no deben considerarse solo las características de lo local. Se deben considerar también las posibilidades de articulación con actores y factores externos en diversos niveles de poder y escalas. Lo que pone en evidencia la importancia de las escalas.

A pesar de que las diferencias de escalas parezcan cuantitativas, analíticamente son cualitativas. El cambio de escala de análisis involucra una reinterpretación de los fenómenos. Para Boaventura Santos “cambiar de escala implica cambiar de fenómeno. Cada escala revela un fenómeno y tuerce o esconde otros” (2000, p. 230). Nos permitimos discordar con Santos por entender que el cambio de escala no implica cambiar de fenómeno en sí, porque lo que cambia es el significado y la extensión del fenómeno. La selección de una escala espacio-temporal es fundamental en términos de la representatividad y del significado de lo que se pretende investigar y analizar. El principal obstáculo, así, reside en el hecho de que no hay una manera correcta de definir la escala de análisis y reflexión (Harvey, 1996, p. 203). El análisis en escalas articuladas nos permite proceder a la intersección entre el orden próximo y el orden distante, entre lo singular y lo plural, entre lo particular y lo general, entre lo local y lo global, entre la edificación y la ciudad, entre la ciudad, el territorio y la región. En fin, entre el espacio social y la sociedad que lo engendró. La elección de una escala particular, según Bernard Lepetit (1998, p. 100), modifica la conformación y organización de los objetos, mientras que la multiplicación de escalas de observación podría contribuir a un aumento del conocimiento, de momento en que se postula la complejidad de lo real y de su infinitud.

A través de la articulación multiescalar de redes de actores estratégicos se hace posible pensar en acciones orquestadas por diversos actores para el desarrollo local y regional. En ese sentido, reciben una nueva dimensión programas y planes de implantación y extensión de redes de infraestructuras físicas de abastecimiento, transporte y comunicación. Porque si la existencia de infraestructuras físicas en sí no es un factor suficiente para crear una coherencia territorial (Harvey, 1985), tampoco lo sería para un desarrollo local y regional integrado. Para infraestructuras físicas, los objetos en el territorio, para ser efectivos, deben poseer un significado económico, político y social, deben atender a los intereses geográficamente localizados, o sea, deben estar vinculados a determinados valores y acciones, de lo contrario quedan destituidos de sentido.

En fin, no hay cómo pensar lo local sin lo regional, a medida que entendemos que lo local y lo global se afirman y se niegan (Silveira, 1999, p. 386) dialécticamente en la región.

² En el caso brasileño: municipal, estatal, nacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Becker, B. K. 1982. A crise do Estado e a região: a estratégia da descentralização em questão. En B. K. Becker (Ed.), Ordenação do território: uma questão política? Exemplos da América Latina (pp. 1-36). Rio de Janeiro: Departamento de Geografia, Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ).
- Becker, B. K. 2004. Uma nova regionalização para pensar o Brasil? En E. Limonad, R. Haesbaert y R. Moreira (Eds.), Brasil, Século XXI: por uma nova regionalização? Agentes, processos e escalas (pp. 11-27). São Paulo: Max Limonad.
- Benko, G. Y Lipietz, A. 1994. O novo debate regional. En G. Benko y A. Lipietz (Eds.), As regiões ganhadoras: Distritos e redes, os novos paradigmas da geografia econômica (pp. 3-15). Oeiras: Celta.
- Brandão, C. A. 2005. A dimensão espacial do subdesenvolvimento: uma agenda para os estudos urbanos e regionais (tesis de libre docencia). Universidad Estatal de Campinas (UNICAMP), São Paulo, Brasil.
- Capel, H. 2002. La morfología de las ciudades. Vol. 1. Sociedad, cultura y paisaje urbano. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Capel, H. 2005. El modelo Barcelona: un examen crítico. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Capel, H. 2007. El debate sobre la construcción de la ciudad y el llamado 'Modelo Barcelona'. Scripta Nova, 11(233).
- Cox, K. R. 2004. Globalization and the politics of local and regional development: the question of convergence. Transactions of the Institute of British Geographers, 29(2), 179-194.
- Friedman, J. 1986. The World City Hypothesis. Development and Change, 17(1), 69-83.
- Guidicelli, J. C. (director). 1997. The New Age of Labour (La révolution du travail) [película VHS]. Francia: CAPA Press TV.
- Gurisatti, P. 1999. O nordeste italiano: nascimento de um novo modelo de organização industrial. En G. Cocco, A. Urani y A. P. Galvão, (Eds.), Empresários e empregos nos novos territórios produtivos: o caso da Terceira Itália (77-99). Rio de Janeiro: DP&A.
- Harvey, D. 1985. The Geopolitics of Capitalism. En D. Gregory y J. Urry (Ed.), Social Relations and Spatial Structures (pp. 128-163). Londres: Mac Millan.
- Harvey, D. 1989. A Condição Pós-Moderna. São Paulo: Loyola.
- Harvey, D. 1996. Justice, Nature and the Geography of Difference. Oxford: Blackwell.
- Harvey, D. 2005. Geopolítica do Capitalismo. En A Produção Capitalista do Espaço. São Paulo: Annablume.
- Instituto Brasileiro De Geografia Y Estadística, IBGE 1991. Anuário Estatístico do Brasil 1991. Rio de Janeiro: IBGE. Recuperado de https://servicodados.ibge.gov.br/Download/Download.ashx?http=1&u=biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/periodicos/20/aeb_1991.pdf
- Instituto Brasileiro De Geografia Y Estadística, IBGE 2000. Anuário Estatístico do Brasil 2000. Rio de Janeiro: IBGE. Recuperado de https://servicodados.ibge.gov.br/Download/Download.ashx?http=1&u=biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/periodicos/20/aeb_2000.pdf
- Instituto Brasileiro De Geografia Y Estadística, IBGE 2010. Anuário Estatístico do Brasil 2010. Rio de Janeiro: IBGE. Recuperado de https://servicodados.ibge.gov.br/Download/Download.ashx?http=1&u=biblioteca.ibge.gov.br/visualizacao/periodicos/20/aeb_2010.pdf
- Kayser, B. 1980. A região como objeto de estudo da geografia. En P. George, R. Guglielmo, Y. Lacoste y B. Kayser (Eds.), A Geografia Ativa (pp. 279-321). 9a ed. São Paulo: Difel.
- Lefebvre, H. 1969. O direito à cidade. São Paulo: Documentos.
- Lefebvre, H. 1991. The production of space. Oxford: Blackwell.
- Lencioni, S. 2004. Novos rumos e tendências da urbanização e industrialização no Estado de São Paulo. En E. Limonad, R. Haesbaert y R. Moreira (Eds.), Brasil, Século XXI: por uma nova regionalização? Agentes, processos e escalas (pp. 67-77). São Paulo: Max Limonad.
- Lepetit, B. 1998. Sobre a escala na história. En J. Revel (Ed.), Jogos de Escalas: a experiência da microanálise (pp. 77-102). Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas.
- Limonad, E. 2003. Considerações sobre o novo paradigma do espaço de produção industrial. Ciência Geográfica, 9(3).
- Limonad, E. 2004. Brasil século XXI, regionalizar para quem? Para quem? En E. Limonad, R. Haesbaert y R. Moreira (Eds.), Brasil, Século XXI: por uma nova regionalização? Agentes, processos e escalas (pp. 54-66). São Paulo: Max Limonad. GeoFocus, (12), 16-52.

- Limomad, E. 2005. *Estranhos no Paraíso (de Barcelona). Impressões de uma geógrafa e arquiteta brasileira residente em Barcelona.* Biblio 3W, 10(610).
- Offe, C. 1984. *Disorganized Capitalism.* Boston: Massachusetts Institute of Technology Press.
- Pedrão, F. 2002. A sustentabilidade social e ambiental. *Revista de Desenvolvimento Econômico (RDE)*, 4(6), 28-41.
- Pichierri, A. 2002. Concertation and Local Development. *International Journal of Urban and Regional Research*, 26(4), 689-706.
- Piore, M. J. Y Sabel, C. F. 1984. *The Second Industrial Divide.* Nueva York: Basic Books.
- Ribeiro, A. C. T. 2004. Regionalização: fato e ferramenta. En E. Limomad, R. Haesbaert y R. Moreira (Eds.), *Brasil, Século XXI: por uma nova regionalização? Agentes, processos e escalas* (pp. 194-212). São Paulo: Max Limomad.
- Santos, B. S. 2000. *A crítica da razão indolente: contra o desperdício da experiência.* São Paulo: Cortez.
- Santos, M. 1996. *A Natureza do Espaço. Técnica e Tempo. Razão e Emoção.* São Paulo: Hucitec.
- Sassen, S. 1994. *As cidades na economia mundial.* São Paulo: Studio Nobel.
- Secchi, B. 2004. Ciudad moderna, ciudad contemporánea y sus futuros. En A. M. Ramos (Coord.), *Lo urbano en 20 autores contemporáneos* (pp. 145-158). Barcelona: Universidad Politécnica de Cataluña.
- Silveira, M. L. 1999. *Um país, uma região, fim de século e modernidades na Argentina.* São Paulo: Fundação para o Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo, Fapesp - Laboplan / Universidade de São Paulo.
- Whirlpool Corporation s/f. Whirlpoolcorp.com. Recuperado de <http://www.whirlpoolcorp.com/about/facilityfinder>
- World Teleport Association. s/f. Worldteleport.org. Recuperado de <http://www.worldteleport.org>
- World Trade Centers Association. s/f. Wtca.org. Recuperado de <http://www.wtca.org>